

Poemas*

I

Maravillosos de la lengua mía,
gentes de América y España,
para vosotros se escribe este libro,
para vosotros, dueños del idioma,
dueños de esa bendita tierra
que llamamos el habla.
Maravillosos de la lengua mía
que decís libertad y buena suerte
de una manera tan prometedora,
maravillosos hijos de mi idioma,
los que dicen salud, pan, buenos días,
gentes de acá y de allá,
gentes de América y España,
que el sol y la palabra os colmen
de alegría, de luz y de riqueza.

II

Estos días azules y este sol de la infancia...

Antonio Machado

Pero, efectivamente, como un día me dijo Luis Rosales,
la vida no ofrece nunca garantías.
Casi todo lo que te da lo suele dar prestado,
a plazo fijo, por un rato.
Y es mala cosa acostumbrarse,
empezar a hacer cuentas con la vida,

* Del libro inédito *Espejito, espejito*, de inmediata publicación en las Ediciones de la Universidad Popular de San Sebastián de los Reyes, Madrid.

imaginar asegurado el porvenir.

Mala cosa.

De improviso, un olor conocido te acompaña:
no sabes cómo ha sido,
ni cuándo fue el suceso,
pero el perfume mustio del desastre
de pronto te sonríe como una flor desesperada,
una flor muerta como la desdicha,
y repentinamente viva, como el odio.

La inconsecuente vida, la terrible,
esa azarosa compañera nuestra,
no ofrece nunca garantías.

No sirven reflexiones ni argumentos,
es inútil decir «esto no es justo,
yo ya pagué. Mi cuenta está saldada».

La vida, esa feroz terrateniente,
siempre tiene una cuenta que ignoramos,
siempre nos cobra ese alquiler absurdo
de que hablaba Vallejo.

Y nos lo cobra, y no da ni un recibo.

La cuenta nunca se cancela,
y para no caer en pensamientos malos
conviene no olvidar en los días azules
que en la columna del pasivo
siempre hay un «suma y sigue» que no acaba.

Porque la vida sigue y nos persigue
y anda siempre siguiéndonos el rastro
y como buen casero cuida de que sus inquilinos
no levanten el vuelo de forma inadmisibile
dejando a sus espaldas el consabido saldo en rojo.

Pero no hay caso: siempre nos alcanza.

Cuando pensamos que por fin, que ahora...

Una mañana, un sábado, una noche

llegamos a la puerta del futuro

y como en la película de Buñuel

algo nos deja paráliticos,

algo nos ancla en un pasillo desahuciado

y el descompuesto aroma del desastre

se ciñe a nuestro cuerpo como un sudario de escayola.

III

El designio como una fruta vieja
impregna al mundo con su olor marchito,
con ese aroma degradado que nos hiere
con un vago vestigio de antigua lozanía,
pues la decrepitud guarda en su médula
el perfil único de la juventud.

Ah, dioses, que alguna vez fuisteis amables con el hombre,
mirad lo que vuestro desdén ha construido,
mirad, si la distancia os salva del espanto,
ésta que fuera hermosa estirpe.
Y no cerréis los ojos a esta desolación llamada hombre,
a este fragor de soledades iracundas,
a esta muerte diaria y alabada
que fecunda el planeta con la sangre
y un día logrará que nazca un muerto.

IV

Cae la noche sobre el Mediterráneo,
y yo tan lejos.
¿Cómo estás tú sin mí,
misterioso habitante del planeta?
Cae la noche sobre esta costa de asfalto que me cerca.
¿No me extrañas un poco, viejo lobo de mar?
¿Cómo no me has escrito todavía?
¿Por qué se te diluye el lomo entre lo negro
sin que haya yo subido el embozo de tus olas?
Cae la noche sobre el Mediterráneo,
y yo estoy lejos,
y yo no puedo recitar una oración contigo,
ni encender una luz junto a tu orilla
para que el miedo no te agobie.
Cae la noche sobre el Mediterráneo,
no te asustes, mar mío, duérmete,
no es más que un poco de silencio,
un poco de distancia y de silencio,
no te asustes,

descansa,
vela contigo, aquí, mi corazón.

V

¡Ah, la inestable dulzura de la vida,
su improvisada maravilla humilde,
ah, su música tierna y fugitiva!
Oigo tu resplandor desasistido,
trago tu perfumada vibración.
Consoladora puntual del mundo,
vida que nos asedias mansamente.
Naufraga la desdicha entre tus brazos
y el corazón despierta para siempre
cuando suena tu música invasora
entre el ramaje trémulo del tiempo.

VI

Hoy la vida me pesa un poco más que de costumbre,
hoy la vida me alcanza un poco menos que de costumbre.
Estoy algo más cansada que de costumbre,
resulto algo menos alegre que de costumbre.
Naturalmente, esto asombra a todos, como de costumbre.

A veces sólo somos esa costumbre,
ese hábito que tienen los otros
de encontrarnos donde se supone que debemos estar,
y somos sólo ése que los demás esperan ver:
un ser misterioso que aguarda unos minutos
antes de alzar el rostro
como el que levanta el telón del teatro
y previamente se asegura de que todo está en su sitio
para que el espectáculo no defraude al público.

Hoy la vida no me empuja lo suficiente,
el sol no alcanza a calentarme lo suficiente,
la alegría no me dura lo suficiente.
Hoy, por lo visto, nada es suficiente.

Hoy, no sé bien por qué, no soy la de costumbre.
Como dicen mis hermanos los argentinos
se me han debido pelar los cables
y en alguna sección de la maquinaria
se produjo un cortocircuito.
Padezco un apagón, o mejor dicho: soy un apagón.
Mi amigo Liberman diría:
«¿Pero eso qué es, muchachita?».
Ya ves, Arnoldo, viejo amigo,
se me juntó el ayer con el ayer.

Hoy estoy como estaba y como estuve,
alguien me leyó una página de mi vida,
una «oscura noticia»,
un dolor gangrenado.
Luis Eduardo Aute cantó para mí sola.
Ay, Eduardo, cuántas veces
he cantado contigo aquellos versos
¿te acuerdas, di, te acuerdas?:
«mala muerte tengas, ay,
ay muerte de mi vida».

Hoy la vida no estaba para tratos
y yo no estaba para echarle un pulso.
Así que me he puesto unas gotas de perfume,
he cerrado mi caja de Pandora
y me he perdido un rato por las calles
mirando rostros y disfrutando el aire.

Después he vuelto a casa
y me he puesto a escribir este poema;
«los muertos mueren y las sombras pasan».

VII

Octubre y su melancolía,
su leve inclinación hacia el invierno,
su lentitud, su luz residual y tolerante,
su recodo de brisa apaciguada,
su vuelo de campana pueblerina,

su apelación a lo que ya se ha ido.
 Octubre y sus residuos candeales,
 octubre enarbolando sus granates y oros
 con un gesto de dignidad desesperada,
 con esa mejoría de la muerte
 en la que todo vuelve a florecer para el vacío.
 Hay en octubre un restañante eco,
 un rastro desmedido y funéreo
 como la luz de aquella vela que enterramos
 por si acaso la muerte pudiera contemplar la vida.
 Octubre y sus milagros del fracaso,
 octubre, último decimal de la alegría,
 último parpadeo de la hoguera,
 octubre, el memorioso octubre;
 sus fugaces alfombras de hojas muertas,
 el inútil ardor de sus castaños,
 su triste vocación de permanencia.
 Octubre y sus postrimerías indecisas,
 su canción desolada y fugitiva,
 como esas melodías que regresan a nuestro corazón
 y lo golpean con un destello de absoluto
 y antes de descifrarlas ya se han ido,
 mientras nosotros, náufragos de un octubre interminable,
 ensayamos de nuevo aquella música
 que ya nunca es la misma,
 tratamos de alcanzar aquel perfume
 que una vez fue una llama incandescente
 y locos, desasidos de nuestro antiguo reino,
 nos quedamos mirando el arrebol de octubre
 y como él, vamos empobreciendo lentamente
 mientras la misteriosa tierra empieza a trabajar
 con nuestros dorados despojos
 para un futuro que quizá no nos pertenece.

VIII

Se diluye la tarde, y el poniente
 tiñe la habitación con su rescoldo;
 el tiempo se apacigua y se detiene

como una fiera vieja y agotada
que quiere descansar en su guarida.

Hay un rumor espeso entre los muebles
que me quieren contar viejas historias
y oigo sonar antiguas melodías
que se posan sobre el aparador y la consola
como un marchito encaje de bolillos.

Vaga por el atardecer una nostalgia
de canciones y cuentos infantiles,
de amores inocentes y perpetuos,
de paseos y sueños y esperanzas
antes de que la noche los rindiese.

Miro al tiempo pastando en los rincones,
lo llamo y se me acerca como un perro,
viene hasta mí sumiso y confiado,
dispuesto a recibir una caricia,
un golpecito suave sobre el lomo.

El tiempo y yo miramos las paredes,
contemplamos los cuadros y los libros,
nos detenemos ante los espejos
y el pobre animalito se me arrima,
mueve la cola y me lame las manos.

La tarde se desmaya en las ventanas,
la luz es un recuerdo ya distante;
fluye por la penumbra un vago aroma,
el perfume enigmático de un antes
y el pobre perro gime y retrocede.

Los retratos suspiran impacientes
mientras la luz definitivamente muere
y yo tiro del perro que protesta,
que me enseña los dientes y no quiere,
y gruñe y se resiste y ladra y muerde.

Apenas queda luz en esta tarde:
desde el fondo del tiempo de otra tarde

las figuras del cuadro de Antoñito
allá en su inalcanzable Tomelloso
me miran compasivas y dolientes.

IX

Hermanos míos, gentes de mi sangre,
queridos habitantes de mi tierra,
seres que camináis por las habitaciones,
enamorado que agrandáis el mundo,
amas de casa que zurcís la vida,
albañiles que sostenéis la Historia,
contables que sumáis el pan,
gitanitos que defendéis el aire,
hermanos, hermanitos cansados y animosos,
estirpe milagrosa del planeta,
defensores audaces de lo anónimo,
reyes de la cocina y el domingo,
traficantes en churros y cerveza,
vosotros, capitanes intrépidos
que habéis dado la vuelta al mundo
en metro, varias veces, vosotros
que compráis un libro como si fuese un salvavidas,
que celebráis el cumpleaños de la abuela,
vosotros cambiaréis el mundo, hermanos,
vosotros, gente maravillosa y solidaria,
vosotros sois la gente mía,
ésta que no conozco y que me importa,
ésta que conozco muy bien y que también me importa.
Gente conmovedora, jubilosos mestizos de mi España
que disfrutáis la mejor sangre del planeta:
iberos y fenicios, cartagineses, árabes, romanos,
gitanos, celtas y judíos,
vosotros sois mi gente,
una raza tozuda y valerosa
que insiste en la esperanza y el esfuerzo.
Un día, hermanos míos, por fin,
heredaréis la Tierra.

Francisca Aguirre